

Salvat, P. (2014). *Max Weber: Poder y Racionalidad. Hacia una Refundación Normativa de la Política*. Santiago: RIL Editores.

LUIS R. ORO TAPIA*
Universidad Central de Chile
luis_oro29@hotmail.com

El libro de Pablo Salvat titulado *Max Weber: Poder y Racionalidad* se hace cargo de las ideas de un pensador que en América Latina tiene escasos seguidores y un sinnúmero de detractores silenciosos. Estos últimos impugnan sus controvertidas tesis recurriendo a dos ardides que no son insólitos en este rincón del mundo: la omisión aparentemente casual o bien la preterición sistemática.

Weber exaspera. ¿Por qué? Debido a que, de manera implícita, interpela a los lectores que vivimos en perpetuo tránsito del subdesarrollo al desarrollo y, especialmente, a aquellos que residimos en países que tienen una matriz católica. Además, sus planteamientos suelen ser política y culturalmente incorrectos para no pocos latinoamericanos.

No obstante, en el último tiempo su obra ha suscitado el interés de los hispanohablantes. De hecho, se han publicado trabajos sobre el pensador alemán en Argentina, México, España y Chile en los últimos años. En Chile, en justicia, corresponde consignar que uno de los primeros trabajos monográficos que se realizó sobre Weber fue el de Ángel Flisfich, a mediados de la década de 1980. Hoy asistimos, en mi opinión, a la presentación del trabajo más significativo que se ha realizado en Chile sobre Weber.

El libro de Pablo Salvat gira en torno al eje poder-racionalidad en la obra de Max Weber. Como se sabe, el pensador alemán nunca desarrolló de manera sistemática sus reflexiones al respecto. Cuando muere en 1920, a la edad de 56 años, estaba trabajando en lo que él consideraba iba a ser su obra más importante: su sociología del Estado. Ésta tendría como uno de sus pivotes al referido eje. El trabajo de Salvat torna la mirada a tal plexo. De hecho, a partir de él despliega sus propias reflexiones.

La tarea de Salvat no es fácil, pues tiene que ir espigando, en diferentes obras del pensador, las reflexiones que se encuentran desperdigadas sobre el poder y la racionalidad. Las conjeturas más agudas de Weber referentes a la

* Es autor del libro *Max Weber: la Política y los Políticos. Una Lectura desde la Periferia*, Santiago, RIL Editores-CAIP (2010).

racionalidad se encuentran, por lo general, enunciadas de manera crítica o metafórica al final de algunos de sus escritos. Así, por ejemplo, en sus trabajos de 1904, 1905, 1917 y 1919.

Salvat procede a explorar tales reflexiones de Weber. Ellas son algo así como puntas de iceberg, en cuanto la parte sumergida, la invisible, es mucho más importante que la parte visible. Pero eso no es todo. En seguida debe proceder a conectar las diferentes puntas de iceberg para esbozar, a partir de ellas, un mapa del pensamiento de Weber.

Hasta aquí, a grandes rasgos, la dimensión erudita y filológica del libro. Digo hasta aquí, porque el libro no se agota en la dimensión erudita, en cuanto es una erudición que tiene una finalidad práctica; esto es, un propósito vital: entender nuestra propia realidad. De hecho, las páginas del libro trasminan, entre líneas, una sensibilidad refinada y perspicaz que explora las diferentes aristas del atolladero en que nos encontramos.

El hecho concreto es que hemos dejado de ser una comunidad (*gemeinschaft*), sin que lleguemos aún a ser una sociedad (*gesellschaft*). Es difícil saber si estamos en tránsito o si estamos encallados. No obstante, nos regocijamos con prácticas superficiales que son propias de la sociedad. Así, por ejemplo, exhibimos indicadores de desarrollo que no concuerdan cabalmente con los aspectos cualitativos del mismo. Aquéllos son el orgullo de nuestros tecnócratas, de nuestra modernización sin modernidad o, en el mejor de los casos, de nuestra modernidad de escaparate. No en vano, el utilitarismo, la racionalidad instrumental y, en definitiva, el pensar calculante campean por doquier en Chile.

Pero lo público, algo inherente a la sociedad, paradójicamente, es pálido. De hecho, apenas emite esporádicamente algunos destellos. Los referidos modos filisteos de instalarse en el mundo son la epidermis de la sociedad. No son su esencia. En efecto, son sólo su caparazón. Dichos modos son incompatibles con los remanentes subcutáneos de comunidad que aún persisten soterrados y que afloran de tarde en tarde. Quizás tales asincronías son la fuente de cierto malestar, de cierto inconformismo satisfecho y de otras contradicciones que constituyen un oxímoron latente. Éstas nunca se resuelven y permanecen como un rayo que está a punto de tronar, pero que nunca truena.

Salvat se pregunta cómo salir de este atolladero, cómo librarse del sortilegio de la modernización sin modernidad. El profesor Salvat enuncia una respuesta. Pero antes de enunciarla tiene que conjurar tres tentaciones. Primera: las coartadas normativas de corte racionalista que omiten la temporalidad. Segunda: tomar distancia del relativismo a ultranza. Tercera:

eludir la nostalgia de una comunidad idealizada.

Antes de realizar su propuesta Salvat, además, explora las diferentes caras del nihilismo. Así por ejemplo: la de la tecnocracia o la de la ingeniería de los micro-fines y la hegemonía del pensar calculante. Esta última inunda todos los ámbitos, incluso el universitario. Weber entrevió con nitidez los estragos que podría implicar la irrupción del nihilismo, pero debido a su propia concepción del mundo le era imposible proponer una solución.

Salvat nos propone de manera tentativa una salida, una solución al impasse. No diré cuál es para que se animen a hojear (ojear con h y sin h) el libro. Pero sí les puedo anticipar que su solución prefiere lo razonable en desmedro de lo exclusivamente racional y para alegría mía, que soy un simpatizante del pluralismo, ella se mantiene en el horizonte del historicismo.

Finalmente, para concluir, quiero esbozar tres ideas de manera bastante telegráfica.

Primero, quiero felicitar a su autor, por dos motivos que son, en última instancia, exclusivamente humanos: por la sensibilidad para abordar los problemas teóricos y prácticos (ello queda de manifiesto en todo el libro) como, asimismo, por los años (imagino que bastantes, probablemente más de una década) que estuvo rumiando un plexo de ideas complejas que expone de manera clara, tanto las de Weber como las propias de él.

En segundo lugar, deseo formular una sugerencia. Cuando este libro tenga una segunda edición sería conveniente agregar un epílogo que lleve el siguiente título: Chile, el difícil tránsito de la comunidad a la sociedad. Es verdad que el título que me atrevo, imprudentemente, a sugerir para el epílogo tiene visos de optimismo. Sin embargo, espero que ello ocurra pronto, debido a que no es grato vivir en un país donde la palabra público es puramente retórica o, como diría un escolástico, un mero flatus vocis.

Por último, quiero recordar un fragmento que Friedrich Nietzsche escribió hace 125 años y que, pese a la distancia temporal y espacial, tiene la virtud de diagnosticar de manera analógica nuestras circunstancias. Nietzsche sostiene que toda nuestra cultura

[...] se agita desde hace tiempo, con una tensión torturadora, bajo una angustia que aumenta de década en década, como si se encaminara a una catástrofe; intranquila, violenta, atropellada, semejante a un torrente que quiere llegar cuanto antes a su fin, que ya no reflexiona, que teme reflexionar.

Cito estas palabras, porque tengo la impresión, por momentos, de que Chile le rinde pleitesía a un formalismo vacío que está al servicio de lo que podríamos llamar una micro-ingeniería de la gestión, cuyo único norte es la consecución de objetivos cortoplacistas que exudan filisteísmo. Ello le impide cuestionarse cuál es la meta (una que esté más allá de la mera instantaneidad) de su actuar frenético. En efecto, el predominio de la razón instrumental y el culto a la inmediatez inhiben la posibilidad de que surja dicha interrogante.

Conjeturo, además, que Chile elude preguntarse cuál es, realmente, la adhesión genuina a aquellos valores (transparencia, eficiencia, meritocracia, igualdad ante la ley, etcétera) que más pregona. La insinceridad lo induce a aparentar virtudes que no posee. Por eso, sus episodios de honestidad resultan ser tan exasperantes. De hecho, cuando ellos sobrevienen el malestar se torna explícito y cristaliza fugazmente en conductas que traslucen escepticismo, indignación o frustración. Incluso la exasperación deviene, esporádicamente, en brotes de violencia anómica.

Sobre este punto son preclaras y sugerentes las ideas que Salvat delinea, en su libro, de la página 261 en adelante y que sugiero leer y releer, atentamente, para sopesar el impasse en el cual, como país, nos encontramos.